

Una empresa cultural: los libros baratos

Luis Alberto Romero

“Los autores rusos, y Dostoievski especialmente, seducían la imaginación de quienes, reunidos en una barriada popular, veían hervir las inquietudes sociales del mundo a través de su propia experiencia inmediata.”

José Luis Romero,

El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX.

En los años que van entre las dos Guerras Mundiales —o entre el advenimiento del radicalismo y el del peronismo, si se prefiere definirlo en términos de nuestra historia política— Buenos Aires conoció un fenómeno singular: el desarrollo de una serie de empresas editoras que ofrecieron, a precios económicos, un conjunto significativo de buenas obras de la literatura y el pensamiento universal. La cuidadosa selección, las extensas tiradas, su organización casi didáctica en bibliotecas y colecciones, la combinación de obras consagradas con otras de tendencias estéticas o sociales de avanzada, todo lleva a pensar en una verdadera “empresa cultural”. Su existencia estuvo posibilitada, en primer lugar, por la extensión cuantitativa del público lector, fruto de varias décadas de “educación popular”, pero también por la maduración de ciertos cambios en la sociedad porteña, y particularmente en sus sectores populares, entre quienes se reclutaban principalmente los lectores de estas obras.

La sociedad porteña y sus sectores populares cambiaron profundamente entre las dos guerras. Muchos de esos procesos terminaron de madurar con el peronismo, aunque otros se interrumpieron en su desarrollo. En torno de los barrios se organizó una nueva forma de sociabilidad, se acuñaron nuevas experiencias, se recibió de un modo singular lo que venía de otras áreas de la sociedad o del Estado, se procesó, en suma, una cultura popular singular. A este proceso, sin duda complejo y hasta inasible, las empresas editoriales antes mencionadas, y los libros que editaron, ofrecen una cierta vía de aproximación. A través de los títulos vendidos por ellas es posible percibir algunos rasgos de los cambios de la sociedad, que a través de las preferencias de los lectores se reflejan en la producción de estas editoriales. Este papel pasivo se dobla en otro activo: empresas culturales, antes que meramente comerciales, sin duda ejercieron un papel positivo en la ampliación del público lector, en la orientación de sus gustos e intereses, en la conformación de su sensibilidad. Los “mensajes” que estos libros portaban fueron uno de los elementos configuradores de la cultura de los sectores populares.

Estas empresas culturales requieren, sin duda, un examen más profundo del que aquí ofrecemos, limitado al análisis de los catálogos —los títulos de los libros y su organización en colecciones— y a algunos de los argumentos con que se ofrecían en venta. Sólo podremos extraer algunas inferencias superficiales, algunas conclusiones generales y provisionales. No obstante, el impreciso cuadro que con ellas puede formarse parece confirmar y aun acentuar los rasgos generales de esta singular forma cultural popular que estamos estudiando.

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

Una Sociedad Popular Y Barrial

La cultura de los sectores populares porteños de la entreguerra se define mejor por oposición a la dominante a principios de siglo que frente a aquella otra a la que, en la segunda posguerra, el peronismo imprimió un sello singular. Por aquellos años del novecientos, hacinados en los conventillos del Centro y de la Boca, marginados y excluidos de la sociedad y la política, acusados en muchos casos de extranjeros e indeseables, trabajados profundamente por la ideología anarquista, los sectores populares supieron crearse ámbitos y espacios de reunión, de defensa de sus intereses inmediatos; al tiempo que presionaban sobre el Estado y la sociedad, supieron elaborar una identidad y, más aún, una cultura propia, que podría definirse como trabajadora y contestataria.

La movilidad social y la movilidad ecológica concurren a la gradual disolución de ese conglomerado. El progreso general de la sociedad, particularmente notable en Buenos Aires, fue desgranando el conjunto trabajador, en el que fueron marcándose diversos cortes: el que separaba a los trabajadores calificados de los simples Jornaleros, el que distinguía a quienes aún nada tenían de quienes habían iniciado algún tramo de la aventura del ascenso. El juego de las generaciones separó a los padres inmigrantes de los hijos argentinos, y esta situación se acentuó por la instrucción, la alfabetización y la asimilación de ideas, valores y principios ajenos a ella. Este desgranamiento de la masa inmigratoria, de la que surgió el más complejo mundo de los sectores populares, tuvo en Buenos Aires un correlato espacial: la nueva red de tranvías, los loteos de tierras baldías, la extensión de los pavimentos, y una serie de cosas más, posibilitaron que muchos trabajadores abandonaran los conventillos de la Boca o el Puerto y se trasladaran a los barrios que sucesivamente fueron constituyendo las nuevas periferias de la ciudad. Ciertamente no todos podían hacerlo, como no todos obtenían un empleo estable o podían instalarse por cuenta propia, o educar a sus hijos (tales los signos más visibles del ascenso), pero fueron lo suficientemente numerosos como para que se conformara la imagen de una sociedad móvil y abierta, que fue trabajando aquella identidad inicial, trabajadora y contestataria.

Fue sobre todo en los barrios donde cobró forma esta nueva sociedad popular. Allí, en aquellas tierras que al principio semejaban la frontera abierta, fueron conformándose nuevas redes sociales, que articulaban diferentes tipos de trabajadores, sobre todo calificados, empleados, maestros, profesionales, pequeños comerciantes, y también desocupados o marginales, de los que estos barrios suministraron a los escritores costumbristas una rica galería. Todos ellos conformaron un conjunto menos homogéneamente “trabajador” que el de principios de siglo, y que, en su diversidad, puede definirse mejor como “popular”. La vida en el barrio, a menudo distante del lugar de trabajo, unida al acortamiento de la jornada de labor, dieron nuevas posibilidades a la vida en familia y al uso del tiempo libre y posibilitaron el surgimiento de nuevas formas de relación en las que los hombres, mujeres y niños participaban conjuntamente.

En el barrio, en fin, se acuñó una cultura específica de los sectores populares, diferente de la de aquellos trabajadores heroicos de principios de siglo, y distinta también de la del “centro”, en relación con la cual a menudo se definía. Fue una cultura más bien popular que específicamente trabajadora. Fue conformista y reformista, antes que contestataria, en parte porque la triunfante imagen de la sociedad móvil restaba coherencia a la masa trabajadora inmigrante, en parte porque la sociedad y el propio Estado aparecían ya demasiado sólidos como para pensar en enfrentarlos

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

con éxito. Fue una cultura letrada, y por ello diferente de la que pudo elaborar la masa de inmigrantes analfabetos; en su elaboración comenzó a ser decisivo el peso de la palabra escrita, aunque ya en competencia con otros medios, como la radio y el cine; y en parte por ello, los contenidos de esa cultura, la definición de las identidades propias y ajenas, la representación de la sociedad y sus conflictos y las propuestas para transformarla eran más complejas y matizadas que aquellas que caracterizaron el mensaje anarquista, romántico y maniqueo. En ese contexto, no extraña que la representación política pasara de las manos de los anarquistas a la de los radicales o socialistas, y que en el campo gremial predominara el sindicalismo. En todos los casos, organizaciones de mayor envergadura, con finalidades más acotadas y mayor capacidad de presión reemplazaron a los primeros núcleos de integración y resistencia propios de los trabajadores-inmigrantes. De esas organizaciones surgió una red de centros y comités que cubrió densamente el espacio abierto por la expansión barrial y ayudó a la constitución e integración de la nueva sociedad.

Estas y otras muchas fueron las instituciones típicas de la cultura popular barrial. Algunas fueron absolutamente espontáneas, como la esquina, donde se congregaba la “muchachada” del barrio, o el café. Otras surgieron de la forma, verdaderamente notable, en que estas sociedades barriales impulsaron la participación. Grupos de jóvenes entusiastas crearon clubes, sociedades de fomento o bibliotecas, destinados a solucionar diversas carencias de estos núcleos sociales en constitución: la sociabilidad, el progreso edilicio, la cultura. Generalmente eran ellos mismos quienes impulsaban la formación del comité socialista o radical. Diversas en sus fines, estas instituciones barriales compartieron algunas características: fueron ámbitos de participación celular —directa, cara a cara— en momentos en que ésta se hacía más mediata, en partidos y sindicatos, o que se limitaba fuertemente, después de 1930.

Fueron, sobre todo, ámbitos privilegiados para la conformación de la nueva cultura barrial. Esta cultura se acuñó con nuevas experiencias espontáneas de una vida social que, como dijimos, difería sustancialmente de la de principios de siglo. Pero se amasó también con influencias de distinto tipo, provenientes de otros espacios de la sociedad y el Estado: lo que difundía la escuela, lo que empezaba a traer la radio o el cine —por mencionar dos aspectos particularmente significativos de un conjunto más complejo— o lo que, con otras intenciones, provenía de fuentes menos integradas al establishment social, entre las que la intelectualidad de izquierda y el Partido Socialista ocupaban un lugar singular. Los adherentes al Partido Socialista, y otros muchos que no lo eran, integraron ese con junto de activistas que, operando en las instituciones barriales, sirvieron de nexo entre los sectores populares y sus experiencias y aquellas otras experiencias, ya elaboradas y decantadas, que circulaban en el mundo intelectual y en los ámbitos de izquierda. Fueron estos militantes los transmisores de ese “mensaje” específico —un hilo, al fin, en el entramado de la cultura popular— cuyas características queremos precisar analizando la “empresa cultural” de las editoriales de esta época.

Una Empresa Cultural

Muchos de estos cambios de la sociedad porteña tuvieron manifestaciones en el ámbito de la producción impresa, que fue ampliándose y diversificándose al ritmo de aquélla.¹ Los signos se

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

advirtieron desde principios de siglo. Desde 1901 la Biblioteca de la Nación puso a la venta semanalmente un volumen de tela blanca, con cantos dorados; sus compradores pudieron formar con ellos una decorosa biblioteca, y también leer en castellano, junto con algunos buenos libros, mucha obra francesa entretenida e intrascendente. Quizás esos mismos lectores encontraban en El Hogar, o en el más antiguo Caras y Caretas, junto con el material diverso del magazine, el modelo adecuado para unas clases medias en proceso de integración y dispuestas a asumir el estilo de vida de los sectores ya consolidados.

Además de este público, convencional y amante de lo establecido, existía otro, formado por militantes políticos y obreros ilustrados, influidos por el anarquismo y el socialismo y atrapados por ese “verdadero sensualismo del conocimiento”.² Para ellos, la editorial valenciana Sempere ofrecía en su célebre Biblioteca Blanca, al módico precio de 30 centavos, las más importantes obras de la literatura universal, de las vanguardias y del pensamiento social. En otros niveles de los sectores populares, menos influidos por los militantes, circulaba una folletería rústica, de tapas llamativas y fácil lectura; folletines, obras de temas gauchescos, payadorescos, cocoliches y lunfardos expresaban la heterogeneidad de estos sectores en proceso de conformación y trabajados por diversas tradiciones.³

La ampliación del público lector coincidía con la definición de un mundo intelectual especializado, de escritores profesionales, cenáculos, revistas y formas propias de consagración.⁴ El paralelo crecimiento del mundo intelectual y del público que de alguna manera lo sustenta, se manifiesta en esos años en torno de la Primera Guerra Mundial, en la concreción de ambiciosos proyectos editoriales. La Biblioteca Argentina, de Ricardo Rojas, La Cultura Argentina, de José Ingenieros o la Cooperativa de Buenos Aires, de Manuel Gálvez revelan, más allá de sus avatares, la existencia de un público culto, o que aspira a serlo, pero necesitado de una cierta guía, lo suficientemente amplio como para justificar la empresa, y de un grupo de escritores profesionales capaces de encarar esa tarea sistemática.

La ampliación en otras áreas del público lector es registrada por la aparición de las primeras editoriales verdaderamente populares, como Tor, fundada en 1916 por Joaquín Torrendellas, o la casa Maucci. Ambas ofrecieron libros muy baratos, impresos en papel de escasa calidad, con tapas llamativas, y lograron elevados tirajes para obras que hasta entonces habían circulado en ámbitos muy reducidos.⁵ Sobre todo, se manifiesta en la prodigiosa difusión alcanzada entre 1915 y 1925 por las “novelas semanales”, estudiadas por Beatriz Sarlo.⁶ Si asombra el número de escritores reclutados por esta primera experiencia de producción en serie, no llama menos la atención la magnitud de un público engrosado principalmente en las nuevas sociedades barriales y que, en muchos casos, hacía con estas novelas su primera experiencia de lectura. Por los mismos años de la guerra y la posguerra esos cambios quedan también testimoniados por la aparición de numerosas revistas, dirigidas a segmentos cada vez más diferenciados del público⁷, y sobre todo por la difusión de Crítica, primer ejemplo porteño de periodismo de corte popular.

En este contexto se explica que, en las décadas de 1920 y 1930, pudiera desarrollarse un singular tipo de empresa editorial: la basada en la difusión de textos baratos, con obras de calidad, presentadas orgánicamente y dirigidas a un público lector sistemáticamente ampliado. Ninguno de estos elementos era original en sí, pero la combinación, conocida en otros países, nunca se había

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

ensayado en Buenos Aires. La idea de Biblioteca, es decir de guía o plan de lectura, estaba presente en las colecciones de Rojas o Ingenieros, quienes trataban de fundar con ellas una cierta tradición cultural nacional. Ahora, en cambio, se trata de ofrecer una suerte de síntesis orgánica de la cultura a un público permanentemente ampliado, que incorpore a los “obreros” y al “pueblo trabajador”: “Se habrá conseguido así la realización de una empresa cultural necesaria, como es la de difundir las obras maestras a un precio que no solamente sea patrimonio de los ricos, como es en la actualidad el libro bueno, sino en una forma económica que esté al alcance de todos los bolsillos, única manera de que el pueblo trabajador pueda tener una escogida biblioteca”.⁸ Junto con este público genérico, se apelaba más directamente a “los intelectuales”: “Esperamos que nos lean gentes de todos los estados y profesiones, los obreros como los intelectuales”.⁹ Ambos sectores no están unidos por casualidad: los intelectuales —quizá pueda agregarse progresistas— son requeridos en su calidad de mediadores, de potenciales transmisores. La empresa cultural se completa con la idea de mensaje, de prédica. No sólo se trata de poner ciertas obras al alcance del pueblo, sino de convencerlo de su valor: “los que vamos hacer esta revista nos sentimos movidos en primer término por el impulso de ejercitarnos en la comunicación de nuestras ideas y opiniones. Luego, por la esperanza de que el pueblo se convenza de ellas”.¹⁰

De esta “empresa cultural” participaron, de una u otra manera, con objetivos y alcances diferentes, distintas editoriales que, en conjunto, dieron a la oferta editorial de los años 20 y 30 un perfil muy definido. Joyas Literarias, una colección editada por el tipógrafo y dirigente sindicalista Luis Bernard, ofreció semanalmente unos cuadernillos que por sus características y costo podían incluirse entre las “novelas semanales”, pero que, a diferencia de aquéllas, incluía excelentes autores, desde los más clásicos a Anatole France, “Todos hemos aprendido a leer a través de las Joyas Literarias”, decía Stordeur. Las Grandes Obras y Los Intelectuales, dos colecciones muy económicas aparecidas en 1922 y que prolongaban la línea de Sempere, combinaron la novela europea de fines de siglo pasado y principios del actual, de contenido social y humanista (Hugo, Zola, Tolstoí, Hansum) con el ensayo político y filosófico, particularmente anarquista (Kropotkin, Gori, Nordau, Ghiraldo).

En esta línea, la Editorial Sopena, española, difundió ampliamente toda la novelística europea del siglo XIX. La Editorial Tor, que produjo una gran cantidad de libros baratos, principalmente de ficción, combinó en proporciones similares la literatura europea y la argentina. France, Hansum, Stefan Zweig y Giovanni Papini fueron publicados sistemáticamente por Tor, junto con otros autores populares por entonces, como Tolstoi, Wilde, Blasco Ibáñez... En otra línea, publicó una colección filosófica, con clásicos de la historia del pensamiento, y una Enciclopedia Gómez Nerea-Freud. Entre los argentinos, se encuentran clásicos como Hernández o del Campo, modernos como los escritores de Boedo, abundante poesía y, sobre todo, muchos autores como Sonderéguer o Josué Quesada, provenientes de la “novela semanal”.

El fenómeno más significativo de esta tendencia fue el de la Editorial Claridad, creada por Antonio Zamora, quien combinó la idea de la misión cultural y la de la organización del saber a través de diferentes bibliotecas y colecciones con la percepción de la existencia de un vasto público, que podía ser conquistado si se encontraban los libros adecuados y se los ofrecía de manera económica y atractiva. También percibió que, en ese proyecto, los escritores de vanguardia, los “nuevos”, podían ocupar un lugar importante.

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

Zamora comenzó en 1922, editando la serie semanal Los Pensadores: por 20 centavos ofrecía una obra selecta de la literatura universal. En 1926 lo transformó en la revista Claridad (por el grupo Clarté, de Barbusse, Rolland y France). Junto a ella aparecieron diversas bibliotecas y colecciones de libros, dirigidos cada uno a un sector, real o postulado, de lectores: Los Poetas, Los Realistas, Los Nuevos (donde tiene cabida la vanguardia literaria), y también Novelas de Aventuras, Clásicos del Amor y hasta una serie Sherlock Holmes. Por otra parte, hubo una serie de estudios sociales, otra de estudios teosóficos, cósmicos, etc. Singular éxito tuvo una serie de temas pacifistas, que incluyó dos éxitos notables: Sin novedad en el frente, de Remarque y El fuego, de Barbusse. Pero el mayor éxito provino de una línea totalmente diferente: la Biblioteca Científica, dedicada a temas sexuales: El matrimonio perfecto, de Van der Velde, conoció cuarenta ediciones en veinte años, y probablemente fue uno de los principales sostenes económicos de la editorial. Simultáneamente la Revista, de aparición semanal, se dedicaba al ensayo, la crítica y, sobre todo, a los temas políticos.

El desarrollo de Claridad fue verdaderamente notable y marcó toda esta época. Reduciendo costos, elevando tirajes y agilizando la distribución en quioscos y librerías, Zamora pudo ofrecer libros muy baratos, a un costo promedio de cincuenta centavos. No sólo cada uno encontró allí su tema sino que Claridad fue captando y orientando los cambios de sensibilidad, como lo prueba su vuelco creciente hacia los temas políticos y hacia la vertiente latinoamericana.¹¹

Estos temas políticos fueron también cubiertos por las ediciones del Partido Socialista, y particularmente por la serie El Pequeño Libro Socialista, que hacia 1946 reunía algo más de cincuenta títulos. Se encuentran allí obras de dirigentes argentinos o europeos, particularmente los laboristas ingleses. Significativamente, Marx está casi ausente. Sus temas se relacionan con problemas generales del socialismo y con respuestas específicas de los socialistas a circunstancias contemporáneas. Por otra parte, a través de la Sociedad Luz, el Partido Socialista difundió ampliamente un conjunto de obras sobre problemas que preocupaban intensamente a sus dirigentes: el alcoholismo, la higiene, la educación sexual o la educación simplemente. Unos y otros circularon a través del eficaz sistema propagandístico del Partido, apoyado en Bibliotecas y Centros.

Ciertamente, lo que leían esos amplios contingentes de nuevos lectores no se agota en las ediciones de Claridad o de los socialistas. Por entonces, un periódico popular como Crítica tiraba unos 300.000 ejemplares, mientras las revistas continuaban diversificándose: el mundo de la radio y el cine, que ocupaba un lugar cada vez más importante, alimentaba otro género de publicaciones, como Radiolandia. Aunque cada género apuntaba principalmente a un sector de la sociedad y a un tipo de lector, los contactos y cruces eran frecuentes: Crítica, que tenía su fuerte en la crónica amarilla, daba lugar a los escritores de vanguardia y confiaba a Borges la dirección de su suplemento color. En 1926 La Novela Semanal anunciaba la inclusión de secciones sobre el hogar, los sports, modas, belleza, historietas... Este cambio es registrado por Leoplán, publicada en 1934 por Editorial Sopena. Se trataba de una revista-libro de aparición semanal, en la que por un precio módico se ofrecían 196 páginas de texto e ilustraciones. Este es un caso muy interesante, no sólo por la popularidad, mantenida por mucho tiempo, sino por la forma en que recogió y reelaboró tradiciones diversas. Siguiendo la tradición de la "empresa cultural", sus editores la definían como "Todo un plan de lectura, que eso quiere decir Leo-Plan", pero

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

agregaban que se trataba de “un compendio de cuanto interesa al lector moderno, el hombre y la mujer de hoy, que buscan derechamente en la lectura emoción y enseñanza”.¹² En la línea de la “emoción” suele estar el cuerpo central de la revista, consistente en “una gran novela consagrada en todos los idiomas civilizados”, que se imprime en tres columnas de letra pequeña. Predominan allí los clásicos del siglo XIX y, sobre todo, la novela de aventuras —Dumas o Verne, por ejemplo— que se prolonga en el ascendente género policial, de Conan Doyle a Ellery Queen. Los títulos coinciden con los publicados por Sopena, que los promociona a través de la revista. Hay además una sección de Variedades Literarias; junto con mucho texto adocenado aparece algo de calidad e inclusive de vanguardia: Tolstoj, O'Henry, Pirandello. Adecuando los criterios de las bibliotecas, los cuentos están definidos y clasificados, anticipando al lector lo que va a encontrar: cuento policial, deportivo, sentimental, psicológico, campero (donde aparecen autores argentinos). A estas secciones literarias la revista agrega otras de humor, deportes, moda, cine, radio, con abundante material gráfico. Todo esto compone la receta del magazine, y permite la confluencia, para un lector de nuevo perfil, de las tradiciones de la “empresa cultural”, de la novela semanal y de la moderna revista de actualidad.

El Mensaje Editorial

Las Grandes Obras y Los Intelectuales, Tor, Claridad, El Pequeño Libro Socialista y Leoplán cubren un abanico diverso pero en muchos sentidos homologable. Comparten características de tirada, costo y distribución y aspiran a alcanzar un público amplio, que debía reclutarse mayoritariamente entre los sectores medios y populares. Ciertamente, sólo una parte de sus integrantes eran lectores, y en muchos casos limitaban su curiosidad a diarios, revistas de distinto tipo, folletines y materiales varios. Pero de todos modos parece indudable que este conjunto de ediciones ha tenido una cierta repercusión, extendida a un círculo mayor que el de los lectores estrictos.

El análisis de los catálogos de estas editoriales, y de los argumentos utilizados para publicitar estos títulos, permite una primera aproximación, genérica pero suficientemente ilustrativa, de este mensaje editorial tan vigoroso en las décadas de 1920 y 1930, y de su función tanto como testigo de tendencias e inquietudes del público, cuanto como instrumento para operar sobre él. Todos estos editores tienen, en mayor o menor medida, un programa: ofrecen lo que juzgan adecuado para convertir al lector en un hombre culto, para entretenerlo adecuadamente, para ayudarlo a comprender y eventualmente a solucionar determinados problemas: los conflictos sociales y políticos, la paz y la guerra, la “revolución sexual”... Aunque de fines culturales, son empresas que aspiran a vender lo que editan, de modo que seleccionan su material según los intereses de los potenciales lectores y los ofrecen con argumentos convincentes. Estos argumentos de venta, que en algunos casos consideraremos juntamente con los títulos, dan en muchos casos una nueva significación a los libros, atribuyen a los lectores intereses, apetencias, carencias y necesidades que van definiendo una imagen de ellos y, simultáneamente, lo constituyen tanto quizá como los libros mismos.

a. La imagen del hombre culto

El rasgo más llamativo de estos catálogos es su eclecticismo. “Dudar de todo, no cerrarse a nada”, como proclamaba una revista de la Editorial Tor, implica una actitud ideológica menos definida que

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

la impulsada décadas atrás por anarquistas y socialistas, y que aún puede percibirse en las Grandes Obras y Los Intelectuales. También implica una actitud funcional: un catálogo debe servir simultáneamente a un número amplio de finalidades. En este caso, queda claro que se atiende principalmente a tres: la adquisición de un patrimonio cultural, el entretenimiento y la sensibilización ante los problemas sociales. Si bien en casos extremos estas esferas son claramente discernibles, existen amplias zonas grises y, sobre todo, una inclinación a elegir, del activo cultural disponible, aquellos elementos que satisfagan también las otras necesidades.

Ser culto consiste en estar al día e informado, y simultáneamente en insertarse en una tradición establecida, conociendo aquello que de un modo u otro tiene cierta consagración. El grueso de su repertorio está constituido por obras literarias del siglo XIX o XX, famosas y entretenidas a la vez. La literatura romántica, realista y naturalista del siglo pasado dominó en Leoplán y Sopena; otros se especializaron en Dostoievski o Andreiev, en Anatole France o Knut Hansum, notablemente populares a juzgar por el número de ediciones. Además, el hombre culto debe conocer algo de filosofía y política, aunque a juzgar por el énfasis de los editores estas ramas son menos significativas que la literaria. En este campo el eclecticismo es notable: Nietzsche y Schopenhauer acompañan a Renan o Marx, y aunque las corrientes contemporáneas parecen ser las predilectas, las figuras pertenecientes a un universo cultural consagrado —en el que coexisten Platón y Voltaire— tienen un lugar que no parece necesariamente acorde ni con su interés ni con su accesibilidad. Ser culto implica también conocer, en alguna medida, lo argentino. Alberdi, Sarmiento o Echeverría ocupan una posición indiscutida, junto a un Hernández incorporado desde que “es apreciado por los eruditos”; más hacia el presente, el catálogo puede incluir tanto a Ingenieros como a Alejandro Korn. La ciencia, finalmente, ocupa un lugar muy especial, manifiesto en muchos otros niveles de la cultura popular: en este campo, mientras se registran las últimas estribaciones de la polémica del darwinismo se ofrece el universo celeste de Flammarion e inclusive un Einstein “conciso, claro, para no especialistas”.

Este catálogo va definiendo el contorno del hombre culto, modelo propuesto a los sectores populares y, a la vez, registro de sus propias aspiraciones, intereses y necesidades. Este modelo termina de conformarse con la forma de ofrecer los títulos. A juzgar por los pequeños textos de promoción, las obras deben estar ya consagradas, de un modo u otro, liberando a los lectores de la carga del juicio propio; son presentadas a la vez como sencillas y directas, en su forma y en su mensaje, aunque en muchos casos es obvio que no lo son. En esta pauta de sencillez encaja toda la novelística del siglo XIX, y aun France o Hansum, pero la justificación es más difícil cuando se trata de Platón, de Shakespeare o de Einstein.

Consagración y sencillez denotan una definición de los lectores. Estos, que están comenzando a desarrollar su cultura literaria o filosófica, sólo pueden acceder a aquella parte del patrimonio cultural expresada en forma sencilla y directa, o con un estilo tan conocido, probado y consagrado que la dificultad se atenúe. La consagración puede venir de los círculos eruditos o de otros ámbitos: se señalan especialmente aquellos autores que han obtenido el Premio Nobel o cuyas obras han sido llevadas al cine. No sólo un patrón cultural prestigioso constituye segura guía para quien aún no tiene suficientes elementos propios de juicio: un medio masivo de comunicación puede servir para atraer nuevos lectores.

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

b. Entretener

La importancia que la satisfacción de la lectura placentera, la ficción y el entretenimiento van tomando en estas editoriales populares indica un significativo viraje respecto de la tradición prevaleciente a principios de siglo, dominada por las novelas de tesis. Este tipo de obras —que ciertamente no se diferencian de manera tajante de la buena literatura— está ausente de una colección como Los Intelectuales, identificada con la tradición anarquista; en Claridad, una editorial que reformula con vigor la tradición editora de izquierda, la literatura de entretenimiento, y también la poesía, ocupan un lugar secundario pero apreciable; en Tor o en Leoplán éste es manifiesto y casi dominante.

Se trata en parte de la prolongación de la “novela semanal”; Sonderéguer o Josué Quesada aparecen frecuentemente en el catálogo de Tor. Pero la diversificación de géneros indica que no se apunta ya, principalmente, a la mujer ávida de romance. Leoplán y Sopena se especializaron en una línea de novelas de aventuras de buena calidad (Verne, London, Dumas y otros más folletinescos como Paul Feval o Fernández y González), mientras Tor y otros avanzaban en una línea más popular y estándar, con la serie de Tarzán. También se difundió ampliamente la novela policial: el Magazine Sexton Blake (1929), la Colección Misterios, nutrida con las obras de Edgar Wallace, en Tor, y el mismo Wallace, van Dine o Ellery Queen en Leoplán.¹³

El gusto por las aventuras se manifiesta de distintas maneras: lo exótico (el África de Tarzán o los “mundos exóticos” que sabe recrear Hansum); la reconstrucción histórica, de Ben Hur a Stefan Zweig; el inundo de los “bajos fondos”, a la manera de Sue; también el gusto por el misterio, típico de algunas policiales, o por la violencia, que domina la obra de Edgar Wallace. El estilo “sencillo y directo” es valorado primordialmente en estas “aventuras traducidas sin deformación conceptual” que apuntan a nuevos lectores, quizá jóvenes y sin demasiado bagaje cultural, con intereses y hábitos de lectura nuevos, más distantes del concepto de lo “realmente útil”, dominante en la tradición proletaria de principios de siglo, y más próximos al de lo “entretenido”. Junto a esta literatura, conserva un lugar importante aquella, quizá más específicamente dirigida a la mujer, vinculada con el amor y la pasión, presente hasta en una editorial tan politizada como Claridad, que publica la serie Clásicos del Amor. Hay una libertad creciente en el develamiento del tema sexual; no se anula, sin embargo, aquella corriente más específicamente romántica, que está en el origen de estas novelas y que aflora también en la poesía, muy en boga en estos años, de Bécquer o Lamartine, en la de Belisario Roldán o Baldomero Fernández Moreno, o aun en los sonidos de la poesía modernista, tan arraigada en la sensibilidad porteña. En tiempo en que el recitado era una de las habilidades de las “niñas” de barrio, las ediciones de poesías —como la serie Los Poetas de Claridad— tenían un éxito seguro.

c. La preocupación por la sociedad y el hombre

Como se ve, la formación del hombre culto se confunde, en uno de sus lados, con su entretenimiento, su necesidad de ficción y evasión. El singular desarrollo de esta tendencia entronca claramente con la evolución de una sociedad que vivía menos agudamente sus conflictos, ya sea porque éstos se manifestaban con menos virulencia que a principios de siglo, o porque hubiera un acostumbramiento a convivir con ellos. Esta literatura registra el cambio de sensibilidad y, por distintos motivos, lo refuerza. En otro de sus lados, estas propuestas editoriales

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

retoman y refuerzan una tendencia anterior: deben contribuir a la formación del hombre comprometido con su tiempo, consciente de sus problemas, pero reformulan esa tendencia en términos menos politizados, más universales y humanistas.

Autores realistas o naturalistas, escritores rusos, finos críticos sociales como Shaw o France, humanistas como H.G. Wells o Barbusse, o escritores argentinos del grupo de Boedo están presentes en casi todas estas colecciones. El repudio a la guerra y sus horrores y la exaltación del pacifismo dieron pie a una literatura humanista de amplio eco: Claridad dedicó una serie a las novelas “por la paz”, con éxitos notables como los nombrados Sin novedad en el frente, de Remarque, El fuego, de Barbusse o El hombre es bueno, de Leonhart Frank, reveladores de una sensibilidad que trascendía los círculos intelectuales.

Transmutada en humanismo, la sensibilidad social parecía perder sus aristas más agudas, todavía perceptibles en Los Intelectuales, con fuerte influencia anarquista. La crítica social se toma ironía en France, Shaw o Wilde, y aunque la denuncia social, que practicó Elías Castelnuovo en sus terribles cuadros, siguió constituyendo un género atractivo, lo que predominó fue una crítica menos frontal aunque muy aguda a las costumbres, a lo cotidiano, al estilo de Roberto Mariani o Roberto Arit. En el mismo sentido, suele proponerse una enseñanza, un mensaje moral, antes que el esbozo de una sociedad nueva: la “exaltación de la fe, la energía, la solidaridad”, según se decía de una obre de Hansum.

d. Entender y reformar

Los temas sociales y políticos ocuparon un lugar importante, particularmente en Claridad y en las ediciones socialistas. Pese a que eran continuación de los dominantes a principios de siglo, las diferencias son notables y reveladoras de matices nuevos en la cultura política popular, Autores como Malatesta, Kropotkin o Nordau, todavía presentes en Los Intelectuales, prácticamente se esfuman en un conjunto mucho más variado, donde predomina lo que genéricamente podría llamarse socialismo pero, sobre todo, una literatura más intelectual que militante.

Claridad difunde las obras de Marx y Engels, las de teóricos revisionistas como Labriola, pero especialmente los textos del sueco Henderson, y de socialistas ingleses, franceses o argentinos, referidos a problemas sociales específicos. Aun en los textos más complejos y abstractos, al ofrecerlos se valora su claridad y su capacidad para proponer una clave inmediata de los mecanismos profundos de la sociedad y la política. “La geografía, económica es la base de todas las relaciones sociales; y por lo tanto, leer este libro equivale a estar en posesión de un cúmulo de conocimientos indispensables para resolver la armonía de los tiempos actuales”.¹⁴ Lo mismo puede valer para la economía política, la sociología o la psicología.

Se trata, sobre todo, de entender el país, a través de estudios en los que se combina el análisis, la crítica y la propuesta de soluciones alternativas de los problemas específicos, que reemplazan a la crítica global de la sociedad. Textos nacionales y extranjeros se relacionan y apoyan mutuamente. Un libro donde se comentan las “realizaciones asombrosas” de la Unión Soviética en materia de salud pública aparece junto con las Cartas de un médico rural, en las que Bartolomé Bosso “señala al pueblo los efectos de la organización médica rural” y alega “en favor de la socialización de la medicina”.

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

La reforma de la sociedad —una reforma posible— está implícita en todos estos textos e incluye tanto políticas públicas como acciones de los grupos de la sociedad, en forma independiente del Estado, e inclusive cambios en las costumbres individuales, tema de una prédica constante, en la que se combinan amenazas y promesas. Los textos de la Sociedad Luz, así como sus campañas de conferencias, afiches, tarjetas postales, etc., sobre el tabaquismo, el alcoholismo o las enfermedades venéreas son expresión de esta combinación. Algo similar ocurre con el cooperativismo —tema de muchos volúmenes de *El Pequeño Libro Socialista*— o el Seguro Social, difundido a través de un texto de David Lloyd George: “La amplitud con que está tratada esta legislación, una de las más perfectas del mundo, hace que esta obra constituya un valioso material de enseñanza para todos los hombres que luchan por la justicia social”.

Otros temas largamente frecuentados son la cuestión agraria, la condición de la mujer, la situación de la mujer trabajadora y sus hijos, el sindicalismo, la vida municipal, los gastos militares y, sobre todo, la educación. La recusación formal de la enseñanza pública, propuesta por los anarquistas, es abandonada: la Sociedad Luz edita una serie de folletos en homenaje de la ley 1420. Se trata, sin embargo, de mejorarla a través de la difusión de nuevos métodos (La escuela del porvenir), o del análisis de experiencias docentes propias (La vida de un maestro, de Jesualdo). Julio R. Barcos sigue cuestionando la forma en que “el Estado educa a nuestros hijos” mientras la Sociedad Luz ataca el problema desde la perspectiva del individuo y recomienda, en un folleto, “Estudiad y sed buenos”. Pero la escuela pública no ha de resolver todos los problemas: los autores socialistas, y los progresistas en general, insisten en la difusión del hábito de leer, en la creación de bibliotecas populares e infantiles, por iniciativa de los propios interesados, tema al que la Sociedad Luz dedicó toda una serie de folletos.

A medida que se acerca la Segunda Guerra Mundial, las preocupaciones políticas se centran en la defensa de la paz y de la democracia, ampliando y desarrollando la línea de Barbusse o Rolland. La Guerra de España, el fascismo y el nazismo suscitan una extensa literatura, más de combate que de análisis, mientras la actitud hacia la Unión Soviética y sus “asombrosas realizaciones” comienza a tornarse más ambigua. La democracia enlaza estas preocupaciones europeas con las latinoamericanas, que tímidamente se insinúan en libros referidos a la revolución mexicana o a la denuncia de las dictaduras latinoamericanas.

En síntesis, comprender y reformar pacíficamente son las notas dominantes de esta corriente literaria. Las tradicionales y categóricas definiciones sociopolíticas dejan lugar a otras más moderadas, con caracterizaciones globales más esfumadas, que se subsumen en valores genéricos como el humanismo, la paz y el progreso.

e. Lo “nacional”

Este interés por entender la realidad inmediata se vincula con otra preocupación por algo que, con muchas reservas, podría denominarse “lo nacional”, aludiendo quizá a los primeros signos de un cambio de sensibilidad antes que a la presencia de una corriente intelectual definida. Registramos aquí la presencia de un conjunto muy diverso de signos y tendencias, contradictorios entre sí y además cabalmente explicables, cada uno de ellos, en otros contextos. Sin embargo, parece ser necesario tenerlos en cuenta en conjunto, debido a su presencia contemporánea, en forma

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

vigorosa y definida, en otros círculos de la elite -donde arraigaban nacionalismos de distinto tipo- así como por el contraste con la tradición internacional que caracterizó tanto al anarquismo y al socialismo como a la corriente política y cultural liberal.

Los signos de esta inflexión son leves en el período. La valoración de ciertos autores argentinos, que vistos desde otra perspectiva se integran perfectamente en la tradición cultural liberal y progresista, puede ser considerada uno de ellos. Autores como Sarmiento, Alberdi, Echeverría o Hernández (ampliamente representados en estas colecciones, con la habitual excepción de Los Intelectuales) constituyen el corazón mismo de un capital cultural reivindicado tanto por la cultura establecida como por los intelectuales progresistas. Pero el hecho de comenzar a valorar un cierto capital cultural argentino, cuyas proyecciones contemporáneas no terminan de dibujarse, en el marco de propuestas culturales básicamente universalistas, parece indicar un matiz nuevo en la sensibilidad dominante.

Otros signos, heterogéneos y contradictorios, pero comúnmente disonantes en la corriente general, parecen registrar esa nueva sensibilidad, que un par de décadas después aparecerá plenamente desarrollada. Estanislao del Campo es incorporado al grupo de los clásicos favoritos. Tor desarrolla una línea de bastante importancia, dedicada a la literatura regional: allí aparecen, entre otros menos conocidos, Joaquín V. González, Juan Carlos Dávalos o Fausto Burgos. El interior aparece allí revalorado y contrapuesto, como fuente de valores auténticamente nacionales, con el litoral inmigratorio; algo distinta es otra contraposición, más global, entre lo rural-criollo y lo urbano. Para Leoplán, que asigna a lo argentino un lugar bastante reducido, éste se limita a los "cuentos camperos", sección dominada por Benito Lynch, Yamandú Rodríguez y, en menor medida, Alberto Gerchunoff. Otro matiz se encuentra en el éxito de novelas folletinescas ambientadas en la época de Rosas (emparentadas con otras radiofónicas similares), como La mulata del restaurador, de H. P. Blomberg. El pasaje de lo rural a la reivindicación de una corriente política, encarnada en la figura de Rosas, es más claro en El gaucho de Los Cerrillos, de Manuel Gálvez, publicado por Leoplán (que también incluye, en una perspectiva opuesta pero reveladora de un interés similar, la Historia de Rosas, de M. Bilbao). De allí había sólo un paso al integrismo católico y al nacionalismo hispanizante de Hugo Wast, otro de los autores preferidos por Leoplán.

Se trata, en suma, de los primeros signos, no siempre coherentes, de una nueva sensibilidad hacia "lo nacional" que aflorará por entre la corriente principal, liberal, progresista y universalista, y que a lo largo de la década del cuarenta encontrará amplio campo para su desarrollo.

f. El sexo y el cuerpo

De este examen de los catálogos, surge un cierto recorrido que va desde la preocupación por la formación cultural al entretenimiento, la sensibilidad por los problemas sociales y políticos y un incipiente nacionalismo. Queda toda otra región del catálogo, aparentemente sólo relacionada con aquélla por compartir los libros el mismo sello editorial y los mismos anaqueles. Se trata de textos dedicados a los problemas del sexo, y más en general a todo lo relacionado con el cuerpo. Sin embargo, quizá por vías menos directas, pueden encontrarse relaciones entre estos temas y los anteriores.

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

Hay en estas décadas una verdadera avalancha de obras dedicadas al sexo. De El matrimonio perfecto, arquetipo del género, Claridad sacaba dos ediciones anuales. En conjunto, la llamada Biblioteca Científica (integrada principalmente por libros de ese tipo) llega a abarcar el 25 por ciento del catálogo de esa editorial, y hay equivalencias en Tor y otras editoriales de la época. Los temas son la anatomía y fisiología del sexo (ilustradas con prolijos dibujos), los sistemas contraceptivos y la concepción en general (interesaba mucho la posibilidad de determinar el sexo de los hijos). Más en general, se ocupan de problemas de higiene sexual, enfermedades venéreas, su prevención y su cura, y también de educación sexual.

Esta proliferación se relaciona con el abandono de muchos de los tabúes relativos al sexo, que fue característico del mundo de la primera posguerra. Mientras en la literatura se avanza por el camino del erotismo, aunque sin que las palabras transpongan el último límite del pudor, en estos libros se habla en detalle de cosas y acciones antes innombrables. Probablemente esto era tolerado en tanto el sexo aparecía como una función física, separada no sólo de los sentimientos sino, también, de lo sensual (la "lujuria"). Pero probablemente sus lectores, menos preocupados que los autores por los aspectos médicos, restablecían aquella relación.

El descubrimiento de la función sexual se vincula con otros cambios de la sociedad, como la nueva posición de la mujer y su creciente disposición a elegir entre distintas alternativas de vida. Así, importa el control de los nacimientos -esencial para esa elección- y la relación entre los sexos, y también otros temas relacionados con la familia, que empieza a ser examinada problemáticamente: el adulterio, el divorcio, nuevas formas de pareja, el amor libre o la "familia del futuro" son temas que recogen la tradición literaria pero que finalmente parecen arraigar en problemas generales de la sociedad.

Por otra parte, los temas sexuales enlazan con los de la salud física, pues una función sexual plenamente desarrollada tiene que ver —si no con los sentimientos o el placer— con un estado físico armonioso y equilibrado. Entre las dos guerras, la "vida deportiva" se convirtió en un ideal generalizado, que incluía desde formas de vestir hasta la asistencia a espectáculos hípicas pero que implicaba, también, el cuidado del cuerpo, la gimnasia, la práctica de deportes, la alimentación sana, las costumbres moderadas y el ejercicio armonioso de todas las funciones físicas. Es fácil relacionar todo esto con preocupaciones sociales más generales. Es clara su vinculación con las campañas contra el alcohol o el tabaco, desarrolladas por los socialistas y particularmente por la Sociedad Luz, preocupada también por la higiene bucal, las vitaminas o la erradicación de la costumbre de escupir en el suelo.

La cuestión sexual apunta en parte a un modo de vida personal higiénico y, simultáneamente, a un problema social general. A la prostitución (muy difundida en la década del veinte, y transformada en clandestina en la siguiente) se achaca la gran "lacría social" de las venéreas: los socialistas montan campañas propagandísticas para su cura y prevención, mientras alcanzan éxito singular libros como el del periodista Albert Londres, que denuncia "el camino de Buenos Aires" y la trata de blancas. Por este camino, el tema de lo sexual, aparentemente extemporáneo, termina vinculado no solo con el interés general por la sociedad y sus problemas (detrás de la prostitución se dibuja el vasto mundo de los negocios y la política) sino con la preocupación, más tradicional, por la higiene social, la tuberculosis, las enfermedades laborales o la vivienda.

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

Los Mensajes Y La Cultura De Los Sectores Populares

Creemos que los temas antes expuestos, en buena medida vinculados con la historia intelectual argentina, pueden arrojar alguna luz sobre la cultura de los sectores populares porteños.

El mundo de los mensajes es amplio y remite a muchas zonas de la sociedad como para que pueda imaginarse su reducción a un único influjo o, como en ciertas versiones mecanicistas, a la visión de una estructura social que se reproduce a través de aparatos ideológicos capaces de recrear los sujetos adecuados. De ese conjunto de mensajes, que circularon en la entreguerra, hemos elegido uno, el proveniente de lo que llamamos la “empresa cultural”, sin aventurar una opinión concluyente acerca de su importancia relativa. Hemos procurado verlo en su doble naturaleza de intento de moldear la cultura de los sectores populares y, por otra parte, de registro de sus características. Podemos señalar, como conclusión, qué vínculos advertimos entre estos mensajes y aquella cultura popular barrial.

Un análisis limitado a los títulos publicados sólo puede dar una idea aproximada de esas tendencias, por otra parte diversas y contradictorias. Quizá la más vigorosa resulte de la convergencia de la “empresa cultural” —prolongación del ideal pedagógico progresista (educar al soberano), plenamente asumido por socialistas y otros grupos de izquierda— con la voluntad de incorporación de los sectores populares en vías de ascenso e integración (o más exactamente, el sector más integrado y respetable de los sectores populares) a la sociedad y a su patrimonio cultural, visto como consagrado. En el mismo sentido operan, por ejemplo, revistas como *El Hogar* o el cine de los teléfonos blancos, que ofrecen modelos prestigiosos, listos para ser asimilados, y a ello apunta la lectura de ciertos autores, quizá no muy interesantes. Esto es significativo si se lo compara con el valor de la adquisición de conocimientos “realmente útiles” (para la mejora individual y social) que caracterizó a la sociedad, mucho más conflictiva, de principios de siglo. Si la cultura es considerada ante todo ornato, el mejoramiento individual se lo busca por otros caminos más específicos, sólo tangencialmente reflejados en los libros: ciencia práctica y literatura técnica, útil para mecánicos, inventores o trabajadores especializados de la nueva industria, que se vincula con aquellos otros libros referidos a una ciencia teórica igualmente prestigiosa.

El interés por la literatura de entretenimiento y evasión registra sin duda muchas tendencias de la sociedad popular porteña: la creciente importancia del tiempo libre y de lo relativo a la recreación, el desarrollo de importantes sectores de nuevos lectores, sobre todo entre las mujeres y los jóvenes, pero también una actitud general menos ansiosa por cambiar la sociedad y más consciente de la limitación de sus posibilidades. Por otra parte, es probable que esta literatura de entretenimiento —fuerte en las zonas de la “empresa” menos comprometidas políticamente, como *Tor* o *Leoplán*— refuerce esta tendencia evasiva. Hay igualmente un registro del nuevo valor asignado a la salud, al cuerpo, a la vida sana, a los deportes, zona en la que confluyen, además de tendencias más generales de la época, las preocupaciones de los reformadores socialistas y las de quienes buscan nuevas formas de ocupar el tiempo libre.

Registros y propuestas se combinan de modo más contradictorio aún en la literatura referida al sexo, la mujer, la familia. Se advierte, en el contexto de esta sociedad, la desaparición de la masculinidad dominante a principios de siglo; también, que la familia ocupa un papel mucho más

Autor. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero

importante en la sociedad barrial, organizada en torno del hogar y el tiempo libre. Esto supone una generalización entre los sectores populares de las pautas, valores y aspiraciones de los sectores más integrados de la sociedad. Pero al mismo tiempo, se advierte un interés por la emancipación de la mujer, por lo que se consideraba la nueva moral socialista, por el psicoanálisis, por el sexo, en fin, temas éstos expuestos e impulsados a la discusión por la “empresa cultural”.

Quizá la tendencia más vigorosa de estos mensajes se dé en una veta muy distinta: la de la reforma y la justicia social, presente en la literatura de tesis, en el análisis de los distintos problemas de la sociedad y en las propuestas reformistas de distinto tipo. Todo ello registra las actitudes conformistas pero reformistas de sectores populares con una larga tradición contestataria y que se hallan en proceso de integración: la sociedad tiene problemas e injusticias; no obstante, puede ser mejorada, y vale la pena hacerlo. Para ello, la “empresa cultural” ofrece propuestas en las que confluyen el constitutivo optimismo de la vieja tradición positivista (de Ingenieros a Justo) y la vertiente más específicamente contestataria, en la que la denuncia de las injusticias (el “dolor argentino” de Palacios) antecede a unas propuestas de reforma, con fundamentos éticos, que configuran lo que empieza a llamarse la “justicia social”.

Esta propuesta todavía se caracteriza por su falta de especificidad local: en la mayoría de los casos, los problemas, los estudios y las soluciones parecen la transcripción para consumo local de lo elaborado en Europa. Pero en relación con eso, es sugestivo el desarrollo de una veta “nacional”, apenas incipiente, que se manifiesta por ahora en otras áreas del mensaje —sobre todo en la literatura y la historia— pero que anticipa una futura argentinización de los sectores populares y su problemática.

Resulta significativa, finalmente, otra inflexión del mensaje. La literatura de raigambre socialista o anarquista conserva, aunque sea en forma muy matizada, una imagen clasista de la sociedad, sus problemas y sus conflictos, y se dirige en su discurso a los trabajadores. La experiencia de las prácticas en las sociedades barriales es diferente: los movimientos vecinales, el fomentismo y demás surgen de la acción conjunta de sectores heterogéneos que sin embargo construyen en la tarea común un fuerte vínculo solidario. Esta práctica espontánea quizás encuentre un cierto ámbito de reconocimiento en aquella literatura en la que la sensibilidad a los problemas de la sociedad no está unida por un vínculo, aunque sea mediato, con la noción de lucha de clases. Quizás allí se encuentre la clave del interés por las perspectivas humanistas de distinto tipo, que exaltan los valores de la solidaridad entre “los hombres de buena voluntad”.

No es difícil descubrir en estos rasgos y tendencias del mensaje editorial y de la cultura de los sectores populares elementos, todavía dispersos, que se integrarán muy fuertemente en la experiencia peronista. Cuando desde el Estado se hable de alianza de clases, de justicia social, de nacionalismo, cuando se reivindique el valor de la mujer en la política y en la sociedad, o cuando se proponga a los trabajadores un modelo de vida que, en el fondo, es el de las clases medias, se encontrará en los sectores populares porteños —aquellos que elaboraron la cultura barrial y los otros, más nuevos, que se incorporaron a la ciudad en contacto con ellos— un ancho espacio de reconocimiento. Así, es posible entender algunos de los rasgos del peronismo a partir de la singular forma de esta cultura barrial y popular, a la que la “empresa cultural” contribuyó, siquiera en alguna medida, a dar su forma específica.

Notas

1 Jorge B. Rivera, "La forja del escritor profesional (1900-1930). Los escritores y los nuevos medios masivos", en Capítulo. Historia de la literatura argentina, vol. 3, CEAL, 1981. Domingo Buonocuore, Libreros, editores e impresores de Buenos Aires, Ateneo, 1944, 2da. edición, Bowker editores, 1974. Héctor Sergio Lafleur, Sergio D. Provenzano y Fernando P. Alonso, Las revistas literarias argentinas, CEAL, 1968. Cf. también Manuel Gálvez, En el mundo de los seres ficticios, Buenos Aires. El Pasado Argentino, 1001, y Roberto Giusti, Visto y vivido, Losada, 1975.

2 Entrevista a Rene Stordeur. Proyecto Historia Oral, del Instituto Torcuato Di Tella, realizado en 1970-71.

3 Jorge B. Rivera, "El folletín y la novela popular", en Capítulo, op. cit.

4 Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "La Argentina del Centenario. Campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en Altamirano-Sarlo, Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia, CEAL, 1983.

5 Así, según indica Buonocuore, cit., de las Poesías de Carlos Guido y Spano se tiraron 5.000 ejemplares, y 15.000 de Amalia de Mármol.

6 Beatriz Sarlo, El imperio de los sentimientos, Catálogos, 1985.

7 Entre otras, Para Ti (femenina), El Gráfico (deportes), Billiken (infantil), y Tit Bis (historietas).

8 Presentación de Los Intelectuales: artes e ideas, 29 de abril de 1922.

9 Revista del Pueblo (Editorial Tor), 1º de abril de 1926.

10 Ibidem.

11 Buena parte de la información sobre Claridad proviene del número 172 de Todo es Historia, setiembre de 1981, dedicado a esa editorial que, sin duda, justificaría un amplio y detallado estudio.

12 La cita proviene del Editorial del número 1 de Leoplán.

13 Jorge Lafforgue y Jorge B. Rivera, Asesinos de papel. Calicanto, 1977.

14 Texto de promoción para el Manual de geografía económica de J. F. Horrabin, Claridad, 1935.